

LAT 1148

INFOBILA



Sobretiro

*CUADERNOS AMERICANOS*  
*NUEVA ÉPOCA*

*No. 47*    *Septiembre-October 1994*    *Vol. 5*  
UNAM

INFOBILA

## AGUSTÍN MILLARES CARLO, POLÍGRAFO DE ESPAÑA Y DE AMÉRICA

Por Ascensión HERNÁNDEZ de LEÓN-PORTILLA  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

¿CÓMO PUDO UNA NACIÓN privarse de tantos hombres que había formado? Estas palabras, pronunciadas por Sergio García Ramírez en ocasión del Homenaje de los Universitarios Mexicanos a sus Maestros del Exilio Republicano,<sup>1</sup> fueron como una descarga en la conciencia del auditorio. Una sola frase hacía revivir, en un instante, uno de los grandes dramas de nuestro tiempo: la guerra civil española y el exilio de los que la perdieron.

Con el paso del tiempo la afirmación de García Ramírez, dura pero verdadera, podemos aceptarla matizada con un poco de optimismo. Porque es verdad que España se privó de aquellos hombres que había formado pero no los perdió. Poco a poco los ha ido recuperando a través de un proceso largo, a veces difícil, pero continuo; sin este proceso, España tendría rota y empobrecida su conciencia contemporánea.

En estas páginas trataré de recrear un capítulo de este proceso de recuperación centrado en uno de esos hombres que España había formado, el humanista canario Agustín Millares Carlo. En la historia de nuestra centuria su figura se perfila como la de un polígrafo que supo vivir en plenitud el mundo académico de España y de América.

El pasado año de 1993, del 18 al 22 de mayo, se le dedicó en su ciudad natal de Las Palmas un Congreso-homenaje al cumplirse el primer centenario de su nacimiento. El gobierno de la Comunidad Autónoma de Canarias, la Universidad Nacional de Educación a Distancia y la Universidad de Las Palmas propiciaron una magna

<sup>1</sup> Sergio García Ramírez, "Homenaje a los maestros españoles exiliados", en *Cincuenta años del exilio español en la Universidad Nacional Autónoma de México*, coloquio organizado por la UNAM del 26 al 29 de septiembre de 1989.

celebración a la que se unieron varias universidades, entre ellas la Complutense, la de La Laguna, la de Granada, la Nacional Autónoma de México, la del Zulia y la de Buenos Aires. Otras instituciones culturales en las que Millares estuvo presente, como el Ateneo de Madrid y la Academia de la Historia, también participaron.

Se hizo allí una valoración a fondo de su vida, de su labor docente, de sus múltiples aportaciones. Por su parte, el gobierno canario anunció la creación del Premio Agustín Millares Carlo para investigación en humanidades. Se tomó también la decisión de publicar una obra magna en la que se recogieran sus múltiples trabajos sobre los códices visigóticos, la pasión de su vida. Pero quizá lo más importante fue traer al presente al hombre y al humanista que dejó una huella profunda en España y América. Las instituciones culturales, los medios de comunicación y el pueblo grancañario tomaron plena conciencia del significado de Millares Carlo en la cultura de nuestro siglo.

### *Millares en el tiempo: dos mundos, cuatro moradas*

DIFÍCIL es, en unas cuantas líneas, trazar la vida de un hombre que, arrastrado por los acontecimientos históricos, pasó sus ochenta y siete años en dos mundos y cuatro moradas. Este hecho, que indudablemente le enriqueció en cuanto a la comprensión de gentes y culturas, le obligó también a llevar una vida de rupturas y de cambios, de renunciadas a ciertos logros, de asimilación a nuevas situaciones. En resumen, una vida no fácil, aunque común a muchos intelectuales que huyeron de las dictaduras europeas entre 1930 y 1940. En medio de estos avatares Millares demostró capacidad de adaptación a las sociedades en las que vivió y apertura de espíritu para entregarse a la historia de los países que generosamente le acogieron.

Su primera morada, en Las Palmas de Gran Canaria, fue para él muy grata. Tuvo la suerte de nacer en una familia acomodada y, sobre todo, ilustrada y liberal. Su padre y su abuelo, abogados, fueron "destacados protagonistas de la vida cultural de Las Palmas", al decir de José Antonio Moreiro, discípulo y biógrafo de Millares.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> José Antonio Moreiro fue discípulo de Millares en sus últimos años en Las Palmas. Su compenetración con el maestro fue profunda; también su admiración; prueba de ello es su magnífica biografía titulada *Agustín Millares Carlo: el hombre y el sabio*, Las Palmas de Gran Canaria, Gobierno de Canarias, 1989; la frase que aquí se reproduce está tomada de la p. 44.

De manera que su niñez y juventud transcurrieron en un ambiente familiar agradable, estimulante. El hecho de que su padre fuera notario resultó determinante en su vida, ya que desde niño se despertó en él un gran amor por los legajos que se guardaban en el Archivo de Protocolos de Las Palmas. Este amor, a la larga, revolucionó el saber paleográfico del siglo xx.

Madrid fue su segunda morada. En 1909, con su título de bachiller, Millares se instaló en la Villa y Corte y se inscribió en las facultades de Filosofía y Letras y Derecho. Allí hizo la licenciatura y el doctorado y participó de lleno, como luego veremos, en el ambiente cultural madrileño. Supo acercarse a los maestros reconocidos y en pocos años era uno más entre ellos. En verdad, sus tres décadas de vida madrileña, 1909-1939, estuvieron jalonadas por logros y reconocimientos: cátedras, libros, conferencias, premios, ingresos en academias.

Esta etapa tan fecunda fue súbitamente cortada por la guerra civil y el consiguiente exilio. México fue su tercera morada durante veinte años. Aquí rehizo su vida y retomó sus tareas con verdadera entrega, a tal grado que pronto era uno de los transterrados más famosos dentro de la comunidad universitaria. En medio de tantas adversidades hizo de su morada mexicana un lugar de enriquecimiento de su propia vida; un lugar también donde acometió nuevas tareas que beneficiaron al humanismo mexicano.

En plena madurez, a los 66 años, tuvo que emprender una nueva etapa, la cuarta de su vida, en otro país americano, Venezuela. Una vez más Millares mostró su capacidad de adaptación e hizo morada en Maracaibo como profesor en la Universidad del Zulia. Allí vivió quince años, 1959-1974, y otra vez enseñó, publicó sin cesar y se adentró en lo profundo de la historia venezolana. Una morada en la que su morador, como siempre, fue tenido como figura nacional en el campo de las humanidades.

Pero no fue Maracaibo su última casa. Porque don Agustín, que frecuentemente surcaba el Atlántico, siempre que pudo recaló en su isla y de esta manera estuvo presente en ella. Por fin, en 1976, su sueño de volver se hizo realidad y pasó sus cuatro últimos años en Las Palmas, su primera y última morada. Allí, con muchos años a cuestas, tuvo fuerzas para formar un centro de investigación y para seguir publicando como antes. Tuvo en estos últimos años la gran satisfacción de ver que su tierra lo recibía no sólo como al investigador incansable, al hombre culto y famoso, sino también como al canario universal que siempre había llevado a sus islas en el corazón.

Dos mundos, cuatro moradas, son solamente un intento de periodización para facilitar la comprensión de la vida de un hombre que nos ha dejado tanto. Veamos más de cerca cómo lo logró. Para ello empezaremos recordando su morada madrileña: tres décadas que abarcan dos periodos, el de una brillante juventud y el de una madurez plena.

### *Juventud brillante en el renacer cultural español*

CUANDO el joven Millares llegó a Madrid, llevaba como una de sus metas el entrar en contacto con Marcelino Menéndez Pelayo,<sup>3</sup> amigo de la familia. Fácil le fue acercarse al maestro y a su vera comenzó sus tareas de investigador.<sup>4</sup> La convivencia con don Marcelino, aunque breve, de sólo tres años, dejó honda huella en el joven Millares y es seguro que afianzó en él el interés por su vocación de polígrafo. También frecuentó la amistad con otro hombre admirado, su paisano Benito Pérez Galdós. Sabemos que lo visitaba con frecuencia y que ambos gustaban de recordar la tierra común.<sup>5</sup>

Millares supo acercarse y aprender de estos dos maestros conocidos por todos, podríamos decir, figuras "nacionales" de la segunda mitad del siglo xix. Pero además, y esto es de gran importancia, pronto se percató del rico ambiente cultural madrileño, en el que se estaba gestando un profundo renacer cultural, teñido de sentido crítico y regeneracionista, lo que hoy se conoce con el nombre de "Edad de Plata". El título, ideado por José María Jover,<sup>6</sup> ha hecho fortuna y actualmente contamos con muchos estudios sobre la naturaleza, la génesis y el desarrollo de este renacer. En pocas palabras podríamos definirlo como "el despertar de un intenso anhelo de renacimiento artístico y espiritual", según Ángel del Río, uno de sus estudiosos.<sup>7</sup> En él participaron muchas mentes preclaras de la segunda mitad del siglo xix —los ya citados Menéndez Pelayo y

<sup>3</sup> Moreiro destaca que la elección de la Universidad de Madrid se debió a la amistad del padre y el abuelo de Millares, quienes admiraban y mantenían contacto con don Marcelino; véase Moreiro, *op. cit.*, p. 59.

<sup>4</sup> Con él comenzó a estudiar al poeta sevillano Juan Argote de Molina, siendo muy joven, es decir, mientras cursaba la licenciatura.

<sup>5</sup> Moreiro, p. 60; Galdós murió en 1920, Menéndez Pelayo en 1912.

<sup>6</sup> Sobre la génesis y significado de la Edad de Plata en la España contemporánea puede consultarse la bien lograda exposición de José Luis Abellán en la *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, vol. 5, III, p. 25 ss.

<sup>7</sup> La cita está tomada de Abellán, *op. cit.*, p. 25.

Galdós, además de otros profesores ilustres como Francisco Giner de los Ríos— y las nuevas generaciones que han moldeado el siglo xx español: la muy conocida del 98, y las siguientes, de 1914 y 1927. Como veremos, Millares no sólo entró en contacto con los grandes hombres de estas generaciones; por sus trabajos y por su participación en el movimiento regeneracionista pronto fue considerado una de las figuras destacadas en el despertar del que venimos hablando.

Sus años juveniles, que podríamos enmarcar entre 1909 y 1924, fecha de su primer viaje a América, fueron el despuntar formal de su personalidad volcada al trabajo incesante. Primero, como estudiante, premio extraordinario en licenciatura y doctorado, y casi al mismo tiempo, como investigador. En la Universidad de Madrid trató a profesores de la talla de Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, Miguel Asín y José Ortega y Gasset. Otros, menos conocidos, influyeron profundamente en su formación de paleógrafo y bibliógrafo, como Cayo Ortega y Enrique Sons y Castellví. Allí logró Millares una formación académica completa, un conocimiento de fuentes y textos que le abrieron las puertas de la filología.

Pronto se conectó con otra institución de gran peso cultural y político, el Ateneo. A su biblioteca acudió como estudiante y escuchó la palabra de oradores como Ramón del Valle-Inclán y Manuel Azaña, a los que trató y admiró. Es más, su primera cátedra, obtenida en 1915, fue la cátedra de latín del Ateneo. A los veintitrés años un logro como éste hubiera satisfecho a cualquier joven profesor. Pero Millares era incansable y este mismo año se presentó a oposición y ganó el nombramiento de auxiliar de la cátedra de latín de la Universidad. Años después, como veremos, volvería a ganar otra oposición, la de catedrático de paleografía.

Hombre de su tiempo, Millares se conectó con otra organización cultural clave del momento: la Institución Libre de Enseñanza, la otra universidad que, por circunstancias históricas determinadas, había fundado en 1876 Francisco Giner de los Ríos y que ahora era un firme pilar del renacer español.<sup>8</sup> Millares participó en varias de las empresas culturales institucionistas: por una parte, enseñaba en el Instituto Escuela, centro de vanguardia creado en 1918 para la enseñanza primaria y media; por la otra, vivía en la Residencia de Estudiantes, el colegio modelo que Alberto Jiménez Frau había ideado en 1910 para que los universitarios tuvieran un hogar

<sup>8</sup> Sobre la génesis y el papel de la Institución, véase Abellán, *op. cit.*, capítulos v y vi.

y un espacio donde completar su formación. Finalmente, al terminar la carrera, Millares entró en el Centro de Estudios Históricos, organismo patrocinado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.<sup>9</sup> El Centro, fundado en 1910, estaba dirigido por Ramón Menéndez Pidal y en él se investigaban varias disciplinas humanísticas. Allí encontró el ambiente idóneo a su personalidad de talante liberal, y a su vocación de entrega total al estudio. Le fue muy fácil integrarse en el grupo de historiadores-filólogos que se movían alrededor de Menéndez Pidal, entre los que se contaban Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz, entonces jóvenes como Millares y después compañeros de exilio. Con ellos participó en la renovación de los estudios de historia de España a través de la búsqueda de nuevas fuentes y nuevos métodos; una empresa verdaderamente creadora en la que cada uno aportó su punto de vista para beneficiar los textos medievales inéditos o poco estudiados: Pidal, su conocimiento filológico-lingüístico; Castro, su brillante y emotiva sensibilidad literaria; Sánchez Albornoz, su capacidad de análisis de crónicas y documentos en los que se guardan relatos históricos; y Millares Carlo su agudeza de penetración en los viejos papeles de los archivos, a veces muy difíciles de leer y poco consultados.

En este rico ambiente académico hizo amistad con dos paisanos suyos de gran valía, Blas Cabrera y Juan Negrín.<sup>10</sup> Cabrera, nacido en Lanzarote en 1878 y por lo tanto de una generación anterior a la de Millares, fue rector de las universidades de Madrid y Santander y dirigió el Instituto Nacional de Física y Química. Cuando Millares lo conoció, en 1926, era ya un científico de renombre internacional. Desde entonces lo admiró y entre ambos surgió una amistad que se reforzó años después en el exilio mexicano. De paso recordaré que Blas Cabrera, aunque vivió pocos años en México, pues murió en 1945, dejó un recuerdo imborrable. Prueba de ello es que recientemente se le ha reconocido como uno de los diez científicos muertos más representativos del siglo xx al ser escogido para nombrar a una

<sup>9</sup> La Junta, que nació al calor de la Institución Libre de Enseñanza, tuvo carácter oficial desde su fundación en 1907 por Real Decreto. Fue presidida por Santiago Ramón y Cajal. A ella estuvieron ligadas las mentes más preclaras del siglo xx español; sobre su organización, estructura y significado, véase Abellán, *op. cit.*, vol. 5, t. p. 178 ss.

<sup>10</sup> Testimonio de la amistad con Cabrera es el artículo de Millares, "Mi reencuentro en México con don Blas Cabrera Felipe", escrito en 1978; véase Moreiro, *op. cit.*, pp. 179 y 431.

calle de la ciudad de México.<sup>11</sup> Al mismo tiempo que Millares frecuentaba a Blas Cabrera, trató a su paisano Juan Negrín, nacido en Las Palmas en 1894. En aquellos años de que venimos hablando, Negrín era ya un médico famoso, fundador y director del Laboratorio de Fisiología donde se formaron médicos de talla internacional, entre ellos el Nobel Severo Ochoa.<sup>12</sup>

En suma, el ambiente de libertad y rigor académico que se respiraba en la Universidad y en las instituciones culturales madrileñas marcó para siempre al joven canario enamorado de los clásicos latinos, de la palabra contenida en los viejos legajos, de los escritores de su tierra y de los libros de todos los tiempos. En un ambiente tal Millares logra muy pronto un *status* envidiable, entre 1915, año de su primera cátedra, y 1924 fecha en que es enviado a América en una importante misión cultural. Estos casi diez años constituyen su primera década de investigador insaciable. Escribe artículos, da conferencias y traduce a los clásicos: Esquilo, Sófocles, Eurípides y Cicerón.<sup>13</sup> Y sobre todo, se introduce de lleno en los legajos olvidados. Dio cima a su vocación despertada en el Archivo de Protocolos de las Palmas cuando descubrió la belleza de la paleografía y la atracción de los viejos papeles como portadores de testimonios que iluminan el pasado. Poco a poco se adentró en la tarea de allanar camino al estudio de los archivos, de presentarlos como fuentes atractivas, indispensables para el historiador y el filólogo; se preocupó por abrir las puertas y dar luz a los repositorios que muchas veces se nos aparecen como laberintos difíciles de recorrer.

Fruto de esta actividad son varias publicaciones importantes entre las cuales recordaré solamente dos, ambas de 1918: *Documentos pontificios en papiro, de archivos catalanes, Estudio paleográfico y diplomático y Estudios paleográficos... un códice notable de los Libros Morales de San Gregorio Magno sobre Job*.<sup>14</sup> Su tarea en este campo

<sup>11</sup> La propuesta la formuló el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, según noticia difundida por el periódico *Excelsior* el 13 de febrero de 1994. Entre esos diez científicos hay otros dos transterrados, el médico Isaac Costero y el físico Juan de Oyarzábal.

<sup>12</sup> En México Millares y Negrín se volvieron a encontrar como viejos amigos; véase Moreiro, *op. cit.*, p. 160.

<sup>13</sup> Aunque Millares poco a poco se fue inclinando cada vez más hacia la paleografía, de hecho no dejó de traducir a los clásicos hasta que se marchó a Venezuela en 1958.

<sup>14</sup> El lector interesado en conocer cada uno de los trabajos de Millares puede consultar la completa bibliografía recopilada por José Antonio Moreiro en

pronto tiene recompensa. En 1921 gana la cátedra de paleografía de Granada y en 1923 obtiene la plaza de conservador del Archivo Municipal de Madrid. A sus labores como latinista y paleógrafo unía ahora las de archivólogo, dedicado de lleno al conocimiento y estudio de ese importante acervo madrileño. En realidad, éste era su estilo: donde quiera que llegaba —y llegó a desempeñar funciones importantes en muchas instituciones— Millares se sentía totalmente identificado con el espíritu y los fines de la institución y se entregaba a las tareas que le correspondían. Así lo hizo en el Archivo de Madrid, donde estudió y publicó un buen número de documentos acerca de la historia de la Villa y Corte, entre ellos el *Fuero de Madrid*. Muchos de estos documentos fueron reunidos años después, en 1971, en el volumen *Contribuciones documentales a la historia de Madrid*. Además, al incorporarse al Archivo, fundó y dirigió la *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*, que pronto se convirtió en una publicación de prestigio y en un repositorio rico en trabajo sobre la historia de Madrid.

Década fecunda fue ésta en la que logró aportaciones sólidas en la filología clásica, la historia, la paleografía y la diplomática. Y además, como joven que siente las emociones y el amor, cultivó su inspiración poética y logró plasmar sus sentimientos en creaciones como *El dolor de querer sin consuelo* (1920), dedicado a la que fue su esposa, Paula Bravo.

#### *Labores de plenitud en años de madurez*

EN 1924 Millares disfrutaba en Madrid de reputación como profesor de latín en el Ateneo y la Universidad y de autoridad como investigador en las letras clásicas y la paleografía. Sus trabajos en el Archivo y la creación de la ya citada *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo* lo colocaban en un primer lugar entre los paleógrafos. Además gozaba de fama como conferenciante en los círculos académicos madrileños y era uno de los jóvenes más brillantes del Centro de Estudios Históricos.

Todas estas circunstancias determinaron su primer viaje a América, en 1924. La ocasión se presentó cuando Américo Castro marchó a dar unos cursos a la Universidad de Columbia en Nueva York y quedó vacante la dirección del Instituto de Filología de la

el "Apéndice" de su ya citada obra. En este artículo sólo se mencionarán los más relevantes.

Universidad de Buenos Aires.<sup>15</sup> Aún con sólo treinta y un años, Millares fue propuesto por Menéndez Pidal para ocupar el cargo vacante. Durante los meses que allí estuvo —escasamente un año— desarrolló, como era habitual en él, una labor profunda y multidisciplinaria: seminarios de paleografía, latín vulgar, historia del libro, filología clásica, obra poética de fray Luis de León, estudio de incunables guardados en Buenos Aires, además de conferencias y visitas a los centros culturales de varias ciudades argentinas. Su labor académica y su simpatía personal fueron, como dice su biógrafo Moreiro, “un testimonio en favor de la aproximación entre España y América”.<sup>16</sup>

Al regresar a Madrid, Millares contaba en su haber con una experiencia nueva: su conocimiento del mundo americano, que tanto le serviría años después. De inmediato retomó su ritmo de investigación y pronto envió a las prensas trabajos muy estimables sobre códices visigóticos y documentos medievales de Castilla y León. Tres años después, en 1929, un hecho importante jalonó su carrera: la obtención de la cátedra de Paleografía en la Universidad de Madrid. A sus treinta y seis años, una cátedra en la Universidad Central era muestra de una capacidad y un prestigio que sólo muy pocos podían alcanzar. Además, como gozaba de enorme fama de latinista, al morir Julio Cejador fue requerido para que se encargara de la cátedra de lengua latina. De manera que desde entonces y hasta 1936 desempeñó dos cátedras en la Universidad, más la que desde muy joven ejercía de latín en el Ateneo. Parecía como si el destino le hubiera trazado un camino tapizado de clases y alumnos en el que se le exigía generosidad para compartir su tiempo y su saber con muchos seres humanos, discípulos y amigos.

Es sorprendente que en medio de tantas tareas docentes publicara tan elevado número de trabajos, todos de gran valor académico. Sirva como ejemplo su *Paleografía española. Ensayo de una historia de la escritura en España desde el siglo VIII al XVII*, en dos volúmenes, publicada el año, crucial para él, de 1929. Este manual, enriquecido ampliamente, salió de nuevo a la luz en 1932 con el nombre de *Tratado de paleografía española*. En él, Millares integró la doctrina de los tratados ya existentes con un cúmulo de conocimientos que había adquirido a lo largo de su vida, desde su niñez en el Ar-

<sup>15</sup> Este Instituto estuvo muy ligado al Centro de Estudios Históricos desde que en 1923 lo dirigió Américo Castro.

<sup>16</sup> Moreiro, *op. cit.*, p. 104.

chivo de Protocolos de Las Palmas. Tal aportación no podía pasar inadvertida y aquel mismo año recibió el Premio Fastenrath de la Real Academia Española. Pero por encima de premios y otras consideraciones, hay que destacar que el *Tratado* sigue vivo. La última edición, de 1983, puesta al día por José Manuel Ruiz Asensio, sigue manteniendo un primer lugar junto con los tratados de paleografía del profesor francés Jean Mallon.<sup>17</sup>

De este mismo año, 1929, es su *Ensayo de una bibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias (siglos XVI, XVII y XVIII)*, que ganó el Premio Nacional de Bibliografía. Obra extensa, 716 páginas, en ella se recogían nombres y datos hasta entonces desconocidos y se presentaban con un método rigurosamente académico.

Además de estos dos importantes libros, publicó varios trabajos sobre códices visigóticos, cartularios de monasterios, clásicos castellanos y dio a la luz su famosa *Gramática latina*, de 1935, que tuvo varias ediciones en México, como luego veremos. Y también, desde Madrid, con frecuentes viajes a Las Palmas, dirigía la revista *El Museo Canario*, proyecto que llenaría por sí solo la actividad de una persona.

Una labor tan intensa en varias disciplinas del humanismo tuvo su reconocimiento y en 1934 fue propuesto para ocupar la silla del Conde de la Viñaza en la Academia de la Historia. El ingreso en la Academia era, a la edad de él, otro logro nada fácil; a sus cuarenta y un años pasaba a ser uno de los jóvenes historiadores consagrados. Millares preparó su discurso de ingreso sobre *Los códices visigóticos de la catedral toledana*, al cual contestó Claudio Sánchez Albornoz, colega y amigo. Al escoger el tema que siempre le apasionó dio un paso más en la elaboración de su magna obra sobre los códices visigóticos, sin saber, claro está, que su vida iba a cambiar pronto y que tardaría bastantes años en dar a la imprenta otras publicaciones sobre éste, su tema predilecto.

Su entrada a la Academia fue un momento culminante en su carrera; fue el reconocimiento de su labor en tres cátedras, y de sólidas aportaciones en múltiples disciplinas conforme al estilo de Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal. En el denso ambiente cultural español, Millares tenía asegurada una carrera brillante. Sin embargo, su destino cambiaría pronto ante un hecho trágico, la gue-

<sup>17</sup> Esta tercera edición fue preparada en sus últimos años, como después se verá.

rra civil española. Poco tiempo después, el humanista inmerso en temas españoles llegaría a ser un gran americanista.

*México: nueva vida, viejas tareas*

EN los primeros días de noviembre de 1936, Don Agustín salía de Madrid rumbo a Valencia en un coche del Ministerio de Educación. Su colega en el Ministerio y después en el exilio mexicano, Juan Comas, recordaba, años después, aquel viaje nocturno lleno de incertidumbre y angustia. Ambos intelectuales desempeñaban funciones políticas: Millares era director general de Archivos y Bibliotecas; Comas, de Enseñanza Primaria. Los dos viajaban aquella noche con el subsecretario de Educación, Wenceslao Roces. El hecho de que estos tres destacados intelectuales desempeñaran funciones políticas es símbolo de hasta dónde puede influir una guerra en el destino de las personas. Probablemente los tres, en condiciones normales, hubieran seguido inmersos en sus tareas universitarias.<sup>18</sup>

En el caso de Millares, que al proclamarse la República rechazó la postulación a diputado, al comenzar la guerra aceptó el nombramiento ya comentado. Amigo y admirador de Manuel Azanza, no pudo negarse a colaborar con el hombre que simbolizaba al intelectual en búsqueda de una sociedad justa.

Este nombramiento no duró mucho tiempo. Porque si bien es verdad que Millares era liberal y republicano de corazón, su natural sereno, apacible, intimista, le alejaba de cargos políticos. Entonces se le concedió licencia para consultar las bibliotecas de París, la Nacional y la Mazarina especialmente. Pudo así volver a sus tareas y ayudar a su gobierno con labores de divulgación de la cultura española, al mismo tiempo que hacía viajes a Barcelona y Valencia.

Tal situación, no del todo mala, tampoco duró, ya que la crueldad de la guerra no tardó en llegarle en carne propia. En 1938 murió su esposa Paula y don Agustín, en palabras de Moreiro, "quedó sentimentalmente roto, solo, en total abandono y con la responsabilidad de los hijos".<sup>19</sup> Fue entonces cuando su paisano don Juan Negrín, ya jefe del gobierno republicano y conocedor del

<sup>18</sup> Un testimonio de las vidas de Juan Comas y Wenceslao Roces se recoge en la obra de quien esto escribe titulada *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, México, UNAM, 1978. La salida de Madrid ante el temor de la caída de la capital la escuché de labios de Juan Comas, quien estimaba profundamente a Millares.

<sup>19</sup> Moreiro, *op. cit.*, p. 157.

futuro que se avizoraba, lo nombró vicedónsul de España en México. Por segunda vez cruzó el Atlántico desde El Havre a Nueva York y por tren, a México.

Millares fue de los primeros en llegar a su "patria de adopción", como decía José Gaos. Quizá no sufrió un cambio de destino radical puesto que siguió dedicado a la docencia y la investigación, como en España. Pero sí le esperaba un país diferente, un ambiente académico distinto, nuevos colegas, nuevos alumnos; tenía que aceptar muchas cosas, adaptarse, asimilarse; dejaba en su país un capítulo esencial de su vida, representado por su tierra, su gente, sus cátedras, sus reconocimientos. Es verdad que México lo recibía como a un hijo y que América ha sido siempre una alternativa histórica en la conciencia de los españoles. Pero la salida forzosa de España en aquel momento de soledad era una prueba que sólo con valor y fortaleza se puede superar. Hoy en día, con la perspectiva de los años, podemos afirmar que en 1939 comenzó para él una nueva etapa en la cual el mundo del pensamiento sería medio y fin de su actuar.

Al llegar a México, además de volcarse intensamente en sus tareas universitarias, don Agustín participó en la mayoría de las organizaciones que los exiliados establecieron con objeto de recrear la cultura española, de prolongar la historia que llevaban dentro y con ella los valores por los que habían luchado.<sup>20</sup> Así, por ejemplo, estuvo presente en dos importantes organismos creados en París en 1939 que pronto se trasladaron a México: la Unión de Profesores Españoles en el Extranjero y la Junta de Cultura Española. También formó parte del Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE), fundado en París por Juan Negrín y dirigido en México por José Puche, antiguo rector de la Universidad de Valencia.<sup>21</sup> El SERE, que tanto ayudó a exiliados en los primeros tiempos, fundó la Editorial Séneca con el apoyo de la Junta de Cultura. Tanto en esta editorial como en la nueva revista del exilio, *España Peregrina*, Millares fue una de las figuras clave y en ambas publicó parte de sus primeros trabajos mexicanos. *España Peregrina* causó un efecto singular en el ámbito cultural mexicano. Era la voz

<sup>20</sup> Los esfuerzos que hicieron los exiliados por recrear su vida en México fueron enormes. Para un acercamiento al tema véase Ascensión H. de León-Portilla, "El primer año del exilio español en México", *Historia 16* (Madrid), núm. 94 (febrero de 1984), pp. 11-22.

<sup>21</sup> Sobre este tema véase "Entrevista a José Puche Álvarez", en H. de León-Portilla, *España desde México*, pp. 313-329.

de un pueblo que, vencido en su espacio, cobraba vida en tierras mexicanas y proclamaba, en un mundo de guerra y de sombras, su voluntad de aportar lo mejor de sí mismo a un futuro de libertad.

La revista no pudo sostenerse en el seno de una comunidad que pasaba por muchas penurias económicas. Pero en cierta manera no murió porque un destacado intelectual mexicano la rescató y fundó *Cuadernos Americanos*, que sigue siendo una publicación de dimensión continental.<sup>22</sup> Millares fue miembro de la Junta de Gobierno de la nueva revista.

Con fama de buen conversador, era requerido en las tertulias que florecieron entre los exiliados y que aportaron gran dinamismo político y cultural a la ciudad de México. Era también asiduo de una tertulia privada, la de Concha y José Ignacio Mantecón, famosa porque allí se reunían Luis Buñuel, Juan Rejano, José Bergamín y Pablo Neruda, cuando éste pasaba por México.

En este ambiente en el que la comunidad transterrada luchaba por reconquistar algún día su país con sólo las armas de sus obras, volvió don Agustín a sus viejas tareas universitarias. Veamos cómo sucedió.

#### Millares mexicanista

CINCO fueron los centros de estudio que ofrecieron sus aulas a Millares: el Colegio Luis Vives y la Academia Hispano-Mexicana, dos importantes escuelas fundadas por la comunidad transterrada; el Mexico City College, prestigiado centro de cultura anglosajona; El Colegio de México, fundado en 1938 con el nombre de Casa de España, donde se recreó el ambiente del Centro de Estudios Históricos de Madrid, y la Universidad Nacional Autónoma de México. En todos enseñó latinidad y en los dos últimos, paleografía; pero fue en la Universidad donde hizo escuela y concibió sus mejores obras.

Millares se incorporó a El Colegio de México en 1939 como investigador y profesor de humanidades clásicas y de paleografía. En él formó varias generaciones de estudiantes con la mira de facilitar

<sup>22</sup> Jesús Silva Herzog, economista famoso, apoyó la política mexicana de atracción de universitarios españoles. Fundó la revista en 1942 y la dirigió hasta su muerte en 1985. Dos años después la UNAM se hizo cargo de su publicación bajo la dirección de un mexicano universal, Leopoldo Zea; véase Leopoldo Zea, "Cuadernos Americanos cincuenta años después", *Cuadernos Americanos* (México), núm. 31 (enero-febrero de 1992), pp. 11-40.

el estudio de los textos coloniales mexicanos. Allí comenzó a preparar sus primeras traducciones, concretamente las de las obras ciceronianas, *Cuestiones académicas*, 1944, y *De los deberes*, 1945. En aquellos años Millares era el único paleógrafo y filólogo del mundo clásico,<sup>23</sup> de manera que su labor en El Colegio fue capital.

Mayor aún, como ya se ha dicho, fue su presencia en la Universidad Nacional durante veinte años, de 1939 a 1959, fecha de su partida a Venezuela. En este centro de estudios enseñó latín y paleografía para que las nuevas generaciones pudieran conocer mejor los libros y documentos novohispanos, preparó traducciones y antologías latinas para difundir la cultura clásica; escribió tratados de paleografía y diplomática, que facilitaron la tarea de penetración en los archivos; dispuso nuevas ediciones de historiadores y literatos mexicanos. No cesó de mostrar en sus clases y escritos el valor del libro como manantial de sabiduría. En verdad aquí consolidó su obra como latinista y paleógrafo, volcada siempre a los intereses mexicanos. Se compenetró con el ser de México y al humanismo mexicano consagró mucho de su tiempo y de sus empeños. El polígrafo, que tanto había contribuido en España al esplendor de la Edad de Plata, se hizo mexicanista.

No por ello dejó a un lado sus intereses humanísticos españoles; siempre tuvo conciencia de que, perdido el espacio, había que preservar en el tiempo el mundo cultural español. Ya vimos cómo al llegar a México participó activamente en las organizaciones que surgieron para recrear la cultura española. En la Universidad siguió preparando ediciones y publicando artículos sobre figuras españolas como Cervantes, Fernando de Rojas, fray Luis de León, Lope de Vega y Feijoo, al mismo tiempo que daba a conocer nuevos documentos conservados en los archivos canarios relativos a Argote de Molina y Juan de Anchieta. Aquí publicó sus *Nuevos estudios de paleografía española*, 1941, y preparó no pocos trabajos sobre su tema favorito, los códices visigóticos.

Millares fue de los que acertaron a equilibrar la conservación del humanismo español y la apropiación de un quehacer mexicano.

<sup>23</sup> Aún no llegaba Pedro Urbano González de la Calle, filólogo y lingüista. Pedro Urbano se incorporó a El Colegio de México y a la UNAM en 1949, ya que vivió sus primeros años de exilio en Colombia; véase Ascensión H. de León-Portilla, "Filólogos españoles en la UNAM", en José Luis Abellán y Antonio Monclús, *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*, Barcelona, Anthropos, 1989, vol. II, p. 231.

Veamos cómo se realizó. Empecemos por su labor como filólogo clásico.

Solía decir Millares que él "no era más que un viejo profesor de latín".<sup>24</sup> El dicho, aunque exagerado por lo modesto, encierra una gran verdad. Sus alumnos lo recuerdan como el guía que en los primeros años de letras clásicas les abrió las puertas a la lengua y cultura latinas con claridad y profundidad. Recuerdan cómo don Agustín, además de sabio latinista, era el profesor entregado a su asignatura, el maestro que revivía en las clases los hechos históricos de los textos clásicos. Uno de ellos, hoy figura destacada, evoca emocionado el día en que, al terminar la traducción del libro IV de la *Eneida*, Millares recreó llorando la muerte de Dido.<sup>25</sup>

Sus estudiantes, y en general los interesados en la cultura latina, contaron con una herramienta primordial, la *Gramática latina*, aquella que por vez primera se publicó en España en 1935 y que en México alcanzó cuatro reimpresiones. Dispusieron también de una *Historia de la literatura latina*, 1950, cuatro veces editada en los *Breviarios* del Fondo de Cultura Económica.

Además de las clases generales, tuvo a su cargo un seminario al que llevaba a sus alumnos avanzados. Allí se gestó la semilla que después cuajó en el Centro de Traductores, hoy Centro de Estudios Clásicos, adscrito al Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad. Este Centro fue obra directa de los discípulos más allegados a don Agustín, en primer término de Rubén Bonifaz Nuño, poeta, traductor y ensayista reconocido. Él y los siguientes directores, especialmente Germán Viveros y Roberto Heredia, participaron en las enseñanzas de Millares y hoy son latinistas destacados. El Seminario fue, en verdad, un semillero fructífero, de importancia capital para entender el desarrollo de los estudios clásicos en el México contemporáneo.

La capacidad de Millares en este campo pronto fue reconocida por los dirigentes de la Facultad de Filosofía y Letras y en 1944 la Universidad ponía en marcha un ambicioso proyecto: la *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*. Diseñada como una serie bilingüe, en ella se presentarían las traducciones realizadas con un método filológico apegado a las normas de modernidad.

<sup>24</sup> La frase la recoge Lino Vaz Araujo en su obra *Agustín Millares Carlo. Testimonios para una biografía*, Maracaibo, Universidad del Zulia, 1968, p. 32.

<sup>25</sup> El testimonio proviene de Antonio Gómez Robledo, traductor de los clásicos y jurista de fama internacional. Lo recogió la autora de estas líneas el 7 de octubre de 1986.

El proyecto era ambicioso y pocos centros académicos en el mundo habían hecho posible una empresa de tal envergadura. Pero la Universidad de México había alcanzado un nivel cultural quizá único en el mundo hispanohablante.<sup>26</sup>

En este contexto lo mucho que aportaron los universitarios españoles lo relata muy bien Eduardo García Máynez, entonces director de la Facultad de Filosofía y Letras. En un ensayo, publicado tiempo después, García Máynez recordaba que "aquellos años fueron un momento feliz de nuestra Facultad", y afirmaba que las empresas que entonces se acometieron "difícilmente se habrían logrado sin la presencia de los humanistas españoles".<sup>27</sup> Fue entonces cuando un grupo de filólogos y filósofos preocupados por las humanidades decidió empezar a publicar los textos latinos y griegos en sus lenguas originales, con traducción fiel al castellano, con objeto de poner en las manos de estudiantes y especialistas la palabra, en toda su pureza, de los autores clásicos. En esta magna tarea participaron mexicanos y españoles pero se reconoce a Millares como uno de los motores más importantes; a él se debe el nombre de la colección.<sup>28</sup>

La *Bibliotheca* tomó vida, como ya se ha dicho, en 1944 con las aportaciones de tres españoles transterrados, lo cual es bien significativo: Juan David García Bacca, José María Gallegos Rocafull y Agustín Millares Carlo. Don Agustín colaboró con la versión de *La Guerra de Yugurta*, de Salustio, precedida de un amplio prólogo. Al año siguiente, es decir en 1945, publicó, del mismo Salustio, *La Guerra de Yugurta. Fragmentos de las Historias. Cartas a César sobre el gobierno de la república*. Su labor en la *Bibliotheca* se completó con otras dos ediciones, la dedicada al texto de Cornelio Nepote, *Vidas de los ilustres capitanes*, 1947, y a Tito Livio, *Desde la fundación de Roma*, 1955. Una obra más hay que recordar en esta breve memoria de Millares latinista, los *Diálogos de la vejez y amistad*, de Cicerón, publicada en la colección *Nuestros Clásicos*, 1958,

<sup>26</sup> A partir de 1920, la Universidad Nacional de México entró en un proceso de expansión, en el cual tuvieron mucho que ver los rectores José Vasconcelos y Alfonso Caso. Entre 1935 y 1945 la Universidad se vio favorecida con la creación de un gran número de Facultades e Institutos de Investigación, lo cual propició una verdadera etapa de esplendor. Véase Ascensión H. de León-Portilla, "Presencia española en la UNAM: rasgos generales", en Abellán y Monclús, *op. cit.*, p. 163.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 169 y 181.

<sup>28</sup> El testimonio proviene de Roberto Heredia. Lo recogió la autora de este trabajo el 2 de mayo de 1986.

también de la UNAM. Es importante resaltar que ésta fue su última traducción, lo cual no deja de ser extraño. Sus años de trabajo para la Universidad del Zulia, estuvieron consagrados a temas venezolanos. En cierto sentido cabe decir que en México culminó y terminó uno de sus intereses más caros, el de la traducción y estudio de los clásicos latinos.

La realización de su magna empresa como filólogo se vio completada por su labor como paleógrafo. En su cátedra de paleografía tuvo muchos alumnos, y bastantes discípulos; con ellos fue dando cuerpo a su propia escuela, en la que sus integrantes se formaron con los métodos y las teorías de vanguardia. Esta labor en la Facultad de Filosofía estuvo muy ligada a su tarea de investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas. Allí se consagró a lo que tanto le gustaba desde niño, el estudio de los viejos papeles y legajos, ahora relativos a la historia de México. En el Instituto contó con la colaboración de su amigo José Ignacio Mantecón, historiador y paleógrafo.<sup>29</sup> Ambos publicaron obras que marcan un hito en la paleografía mexicana. De ellas recordaré sólo tres: *Índices y extractos de los protocolos del siglo XVI del Archivo de Notarías*, 1945; *Repertorio bibliográfico de los archivos mexicanos y de los europeos y norteamericanos de interés para la historia de México*, 1948 y *Álbum de paleografía hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*, 1955. Las dos primeras son consideradas hoy aportaciones fundamentales en la archivología. El *Álbum*, dividido en tres volúmenes, es para la historia de América lo que el *Tratado de paleografía española* para la de España: instrumento imprescindible para los que quieran descifrar documentos y códices novohispanos. De estructura similar al *Tratado*, consta de tres volúmenes: el primero está integrado por los planteamientos teóricos de los propios autores, más un conjunto de aportaciones de paleógrafos destacados. Los dos volúmenes restantes ofrecen múltiples textos y su transcripción. Posiblemente sea la obra más completa en su género y desde luego es un libro vivo,<sup>30</sup> de consulta indispensable para los estudiosos de la historia novohispana.

Admirador de la historia y la literatura mexicanas, Millares nos ha dejado obras modelo en estos dos campos. Como ejemplos podemos recordar sus estudios y ediciones de Francisco Cervantes de Sa-

<sup>29</sup> Sobre la vida y la obra de José Ignacio Mantecón puede consultarse el libro ya citado, *España desde México*, pp. 265 ss.

<sup>30</sup> La última edición se hizo en Barcelona, Ediciones El Albir, 1975.

lazar y fray Agustín Dávila Padilla. Impecable es también la traducción del latín al español de las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir de Anglería, 1945, aprovechada después por otros historiadores. A Juan Ruiz de Alarcón le dedicó especial cuidado; además de sus *Obras Completas* en tres volúmenes, preparó otras ediciones más de sus comedias.<sup>31</sup> En todos estos trabajos Millares puso erudición, esmero y un estilo literario ameno y atrayente. Vale la pena recordar también algunos de los títulos de los manuales que preparó sobre literatura universal, ideados para estudiantes universitarios: *Compendio de historia universal de la literatura*, 1945 y 1949; *Antología literaria*, 1955 y sobre todo su *Historia de la literatura española hasta fines del siglo XV*, 1950. En esta última incorporó información desconocida y nuevos textos medievales que dormían en los archivos.

Desde muy joven, don Agustín se había sentido profundamente interesado por el estudio de los libros y de las bibliotecas. Recordemos que su primera investigación en la Universidad de Madrid fue precisamente sobre la biblioteca de Juan Argote de Molina, realizada bajo la dirección de Menéndez Pelayo. Es verdaderamente sorprendente el número de trabajos que sobre este tema redactó a lo largo de su vida. Sus veinte años de estancia en México son una muestra de su capacidad de dedicación a los libros y a los autores de esta tierra. Además de su trabajo de catalogación de la Biblioteca Pública de Morelia y de la sala de Teología de la Biblioteca Nacional, Millares preparó un buen número de publicaciones sobre bibliógrafos famosos: León Pinelo, Juan José de Eguiara y Eguren, José Mariano de Beristáin y Souza y Joaquín García Icazbalceta. Trabajo excepcional es su *Ensayo de una bibliografía de bibliografías mexicanas. La imprenta, el libro, las bibliotecas*, 1943, hecho con José Ignacio Mantecón. Sus constantes colaboraciones en revistas tales como el *Anuario Bibliográfico*, de la Biblioteca Nacional, la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, de El Colegio de México, y sobre todo la *Revista de Historia de América*, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, le hicieron famoso. Por éstas y otras aportaciones que aquí no es posible citar, llegó a ser el bibliógrafo por excelencia de su tiempo. Prueba de ello es que, cuando se fundó el Comité Interamericano de Bibliografía, Millares fue el encargado de la conferencia inaugural en 1959, en Washington.

<sup>31</sup> El elenco detallado de todas sus ediciones de los clásicos se puede ver en Moireiro, pp. 412 ss.

En todas las disciplinas que cultivó, salta a la vista su espíritu abierto a la mexicanidad, su entrega profunda al país que tan generosamente le había dado asilo y libertad. Tal entrega a México y lo mexicano lo llevó a participar en una corriente de pensamiento vertebral en la historia del país: el indigenismo. Millares, que había luchado en su tierra por la libertad y la justicia, encontró en el indigenismo un motivo profundo de su actuar. Desde luego no en cualquier indigenismo,<sup>32</sup> sino en aquel que se gestó en las grandes figuras del siglo XVI que pusieron en entredicho el derecho de conquista y que hablaron en favor de los conquistados.

Recién llegado a México, en 1941, publicó su primera aportación en este campo, una nueva edición de la *Brevísima* de fray Bartolomé de Las Casas. Consciente o inconscientemente, ya estaba metido en el capítulo que Lewis Hanke tituló "la lucha por la justicia en América". Prueba de ello es que con el propio Hanke publicó dos de los más importantes textos de fray Bartolomé: *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*, 1942, hasta entonces inédito, y la *Historia de las Indias*, 1951. Complemento de estas dos ediciones consideradas ejemplares fue su traducción y edición de los *Tratados* prologados por Hanke y Manuel Jiménez Fernández. Millares, gracias a esta labor, se cuenta entre los grandes lascasistas del siglo XX.

Su admiración por el indigenismo de los autores del XVI le llevó a preparar la edición de otros textos como las famosas *Leyes Nuevas de Indias*, expedidas en 1542, cuya publicación data de 1952, así como los tratados de dos profesores salmantinos que en la Junta de Burgos de 1512 levantaron su palabra en pro de los habitantes del Nuevo Mundo. Fueron ellos Juan López de Palacios Rubio, autor del tratado *De las islas del Mar Océano*, y fray Matías de Paz, quien escribió *Del dominio de los reyes de España sobre los indios*. Ambas obras, publicadas por Millares en 1954, son un paso más en la comprensión de la larga y difícil lucha por la justicia en América.

Este selecto conjunto de ediciones son muestra de un Millares que se mexicanizó en verdad profundamente. No fue el único. Varios colegas suyos también sufrieron esta forma de contraconquista.

<sup>32</sup> El tema del indigenismo mexicano es difícil y apasionante. Hay además muchas corrientes de indigenismo. En este caso, el indigenismo de Millares enlaza con el de los humanistas del XVI, representado por Vasco de Quiroga, Andrés de Olmos y Bernardino de Sahagún, entre otros. Sobre el indigenismo se pueden consultar las obras de Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950 y Benjamin Keen, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, México, FCE, 1984.

Sirvan como ejemplo Nicolau D'Olwer, quien quedó atrapado por el México antiguo leyendo a Sahagún, y Juan Comas, quien ha dejado una huella en el indigenismo contemporáneo.<sup>33</sup>

En resumen, Millares mexicanista es un capítulo muy logrado en la vida de Millares polígrafo. Un capítulo en el que domina el latinista, el paleógrafo, el indigenista, el enamorado del saber y el profesor generoso que siempre tuvo tiempo para hacer discípulos, despertar vocaciones, impulsar el gusto por la investigación y, de esta manera, dejar memoria imborrable en el humanismo del México moderno. Su personalidad, su figura, se agrandó aquí; su fama de polígrafo y mexicanista traspasó fronteras. Sin duda, por esto la Universidad del Zulia le hizo una oferta tentadora para el año sabático de 1959-1960.<sup>34</sup>

#### *Venezuela: un segundo destino americano*

Lo que iba a ser una estadía de sabático se convirtió en quince años de intensa actividad y de profunda dedicación a la historia de Venezuela. Maracaibo era su cuarta morada y en ella le esperaba nuevo ambiente, nuevas gentes, nuevas tareas.

Millares llegó contratado como profesor de latín y griego en la recién creada Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia. Pronto se vio envuelto en un sinfín de tareas: además de desempeñar sus cursos de lenguas clásicas, paleografía, bibliotecología y archivología, fue nombrado director de la Biblioteca General y fundador del *Boletín* de esta Biblioteca.<sup>35</sup> Se le encargó también la creación de un Centro de Investigaciones Humanísticas que él dirigió, y en 1965 se le pidió fundar y dirigir un Departamento de Bibliología y Archivología; tantas actividades no le impedían hacer frecuentes viajes a Caracas para dar conferencias y clases en la Universidad Central de Venezuela, donde su presencia era muy reconocida, y donde tenía un gran amigo y admirador, Pedro Grases. Como siempre, sus cursos de latinidad y de materias

<sup>33</sup> Sobre el indigenismo de Juan Comas, véase Ascensión H. de León-Portilla, *España desde México*, p. 197.

<sup>34</sup> En la decisión de marchar a Venezuela influyó también el silencio del gobierno español ante la instancia presentada por Millares en 1959 de ser repuesto en su cátedra de Madrid, véase Moreiro, *op. cit.*, pp. 228 y 230.

<sup>35</sup> En este *Boletín de la Biblioteca General* ofreció una sección fija de bibliografía desde su fundación hasta 1972.

relacionadas con la paleografía propiciaron un resurgir de estas disciplinas. Las varias generaciones que en ellos se formaron contribuyeron a una revalorización de los archivos y bibliotecas de Venezuela.

Pero estas tareas, que hubieran hecho la fama de un hombre, eran sólo una parte de su quehacer. Porque a los pocos años de vivir en Venezuela, Millares comenzó a publicar una serie de libros acerca de los archivos y bibliotecas de ese país. La lista de todas sus publicaciones nos mostraría la magnitud de su obra; a modo de ejemplo recordaré algunos títulos: *Los archivos municipales de Latinoamérica. Libros de actas y colecciones documentales*, 1961; *Archivo del Registro Principal de Maracaibo. Protocolos de los antiguos escribanos 1790-1836*, 1964; *Archivos de los Registros Principales de Mérida y Caracas. Protocolos del siglo XVI*, 1966; *Estudio bibliográfico de los archivos venezolanos y extranjeros de interés para la historia de Venezuela*, 1971. Respecto de sus aportaciones bibliológicas citaré sólo tres para no cansar al lector: *Catálogo razonado de los libros de los siglos XV, XVI y XVII de la Academia Nacional de la Historia*, 1969; *Historia de la imprenta y el periodismo en el Estado de Zulia*, 1970 y *Ensayo de una bibliografía de la imprenta y el periodismo en Venezuela*, 1971. Destaca José Antonio Moreiro que en todas estas obras, Millares expuso una metodología muy completa ya que ofrecía, además de la descripción física del libro, pasajes importantes del tema tratado y noticias del autor.<sup>36</sup>

Una última obra acerca de libros vale recordar, la titulada *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, 1971, publicada en México por el Fondo de Cultura Económica y reeditada varias veces. Aunque en el prólogo el autor la califica de prontuario, es en realidad un estudio minucioso, en el espacio y en el tiempo, de todos aquellos instrumentos que el hombre ha creado para dejar testimonio escrito de su pensamiento. Redactada con enorme erudición, no faltan los párrafos en los que el autor deja ver su sensibilidad y gusto por el arte al resaltar la belleza de algunos manuscritos e impresos y al ponderar la arquitectura de las grandes bibliotecas renacentistas y barrocas, neoclásicas y modernas, llenas de tesoros inigualables.

Una faceta más hay que recordar en esta etapa venezolana de Millares: su interés por las figuras preclaras del país, por aquellos hombres que dejaron su memoria para siempre. A ellos dedicó no pocos trabajos: a José Domingo Rus, Manuel Dagnino,

<sup>36</sup> Moreiro, *op. cit.*, p. 250.

Simón Bolívar y sobre todo al humanista Andrés Bello y al escritor y diplomático Rafael María Baralt. Con el título de *Bibliografía de Andrés Bello*, 1978, Millares dio a conocer, como nunca antes, la obra del famoso gramático del castellano; respecto de Baralt, aportación singular es el libro *Rafael María Baralt (1810-1860). Estudio biográfico, crítico y bibliográfico*, 1969, en el que recrea la vida y la obra del diplomático con arte y precisión.

Tantos años de entrega, tantas obras impresas, hacían de Millares un autor excepcional. No es extraño que en la década de 1960 se desatara una lluvia de reconocimientos: en 1963 es repuesto en su cátedra<sup>37</sup> y nombrado académico en la Academia de la Historia Venezolana; en 1965 la Universidad del Zulia le concede el doctorado *Honoris Causa*; un año después recibe el Premio Baralt y se le ofrece un gran homenaje; también recibe el título de miembro correspondiente de la Real Academia Española; en 1969 es nombrado hijo predilecto de Las Palmas, miembro de la Hispanic Society y recibe el Serra Award de la Academia Franciscana de Washington. La lluvia de premios continúa al cumplir los ochenta años. Recibe entonces un emotivo homenaje y al año siguiente, en 1974, el presidente venezolano le condecora con la Orden Francisco de Miranda. Años después (al poco tiempo de su muerte) se funda en Venezuela el Premio Nacional de Bibliografía "Agustín Millares Carlo". En medio de tantas penas familiares y tantos momentos de soledad y añoranzas, Millares podía sentir que era querido, admirado y aun venerado; que su labor justificaba su sacrificio. Pero su idea de regresar a España siempre le acompañó y en 1974 tomó su sabático y se instaló en Las Palmas.

#### *Las Palmas: fin de un peregrinar y consolidación de un legado*

LA recuperación de su tierra era el final de un largo camino emprendido en 1952, cuando por primera vez don Agustín visitó Madrid desde su exilio mexicano y pidió la reincorporación a su cátedra. Desde entonces no cesó de volver siempre que pudo, de hacerse presente en Madrid y Las Palmas. Todo fue inútil. Porque aunque sus compañeros de Universidad lo ayudaron, sobre él pe-

<sup>37</sup> Aunque fue repuesto en su cátedra de paleografía de la Universidad de Madrid no pudo disfrutarla como era su ilusión, ya que tenía setenta años y debió jubilarse.

saba un cargo, el de su contacto con las logias masónicas desde su estancia en Buenos Aires. Además, se le exigía firmar un documento en el que delatara a sus conocidos que hubieran participado en la guerra civil. Nunca quiso hacerlo. De manera que durante muchos años sólo pudo conseguir becas y estadias transitorias.<sup>38</sup>

Por fin, en 1974, un grupo de colegas de Madrid y de Canarias le preparó un libro de homenaje en dos volúmenes. Al parecer, este hecho fue como la chispa que hizo prender una nueva luz. El Cabildo de Las Palmas le ofreció dirigir un Plan Cultural de grandes objetivos. El Plan no prosperó, pero el Centro Asociado de la Universidad de Distancia de Las Palmas lo acogió en su seno. El director del Centro, Cristóbal García Blairsy, tuvo el acierto de crear el Seminario Millares Carlo, donde trabajó a gusto hasta su muerte en 1980. Al fin Millares lograba recuperar su primera morada, la que siempre llevó dentro.

El "viejo profesor de latín", enriquecido con tantas experiencias y conocimientos, llegaba con fuerzas y ánimos para compartir su saber y dirigir un seminario de paleografía y diplomática con la dedicación y maestría que siempre lo había hecho. Tuvo tiempo de formar un grupo de discípulos que lo admiraron y continuaron su obra. Por ello, su biógrafo Moreiro recuerda que "es muy poético y muy humano regresar a casa para morir, pero es más meritorio hacerlo para comunicar una herencia cultural".<sup>39</sup>

En su Seminario de Las Palmas, Millares, como de costumbre, prosiguió sus investigaciones y remató trabajos de gran envergadura. Sirvan como ejemplo tres títulos: la *Biobibliografía de autores canarios*, 1975, la *Historia de la imprenta en Barcelona. Siglo XVI*, galardonada con el Premio Cardenal Cisneros y el *Tratado de paleografía española*, tercera edición, 1983, en colaboración con Manuel Ruiz Asensio. Aunque no llegó a ver impreso este último libro, fue consciente de que dejaba una obra duradera en la que se recogían todas sus aportaciones en paleografía, más las del profesor francés Jean Mallon. Dejó además listas para la imprenta la traducción e índices de la *Bibliotheca Hispana Nova* de Nicolás Antonio y, sobre todo, su enorme *corpus* de códices visigóticos, obras todas que lo consagraban como el mejor paleógrafo del siglo XX en el ámbito hispanohablante a la altura de su colega francés, el famosísimo Mallon.

<sup>38</sup> Moreiro, *op. cit.*, pp. 227-229.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 334.

En esos últimos años recibió reconocimientos importantes que sin duda dulcificaron su soledad.<sup>40</sup> Entre otros muchos, un homenaje en 1975 y un doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de La Laguna en 1976. Pero quizá lo mejor de todo fue consolidar el Seminario y ver que allí quedaban para siempre sus libros y manuscritos, verdadero legado en el campo del humanismo, custodiados con absoluta veneración.

¿Cómo pudo un hombre, pensamos hoy, en medio de tantas adversidades, crear una obra tan extensa y tan profunda? ¿Cómo pudo sobrevivir a tantos desafíos, a tantos momentos de soledad y desarraigo, sin amargura, sin resentimiento?

Podemos encontrar la respuesta si nos fijamos en su actitud ante la vida, actitud en la que siempre estuvo presente la fortaleza, la virtud que concede la victoria frente a los retos más difíciles. Tal fortaleza era reflejo de su propia conciencia, regida por la armonía entre su carácter, su vocación y su capacidad de creación. Gracias a ella, en medio de tantos momentos de desarraigo, pudo crear un mundo propio en el que estuvo bien arraigado consigo mismo, con su tarea como universitario y con su misión de preservar los valores de justicia y libertad por los que se vio obligado a exiliarse.

Los que lo conocimos lo recordamos como el hombre sereno, apacible, siempre presto a escuchar, paciente, buen conversador, con aire de bonhomía. A estas cualidades podrían añadirse otras más como su sentido de la amistad, su carácter comunicativo y extrovertido, su fina y gentil modestia, su emotividad, jovialidad, su chispa de ingenio y humor.<sup>41</sup> En su tarea académica se distinguió por su rigor, su perfeccionismo, su conocimiento de lenguas, su seriedad y disciplina; por sus posturas flexibles, antidogmáticas; por su facultad de análisis profundo; por su aptitud para dar cohesión a grupos, para fundar y dirigir centros; por su capacidad de formar y no sólo de informar; en fin, por su deseo de saberlo todo y ocuparse de todo.

Su vida fue un ir y venir entre dos mundos y tres culturas hermanas. En ese peregrinar sin descanso vivió los acontecimientos vertebrales del siglo XX: el renacer cultural español, la guerra civil, el esplendor cultural mexicano posrevolucionario. En todos estos acontecimientos fue siempre el mismo: el universitario, el maestro ge-

<sup>40</sup> Sus hijos y su segunda esposa se quedaron en México; no le siguieron ni a Venezuela ni a Canarias.

<sup>41</sup> Moreiro, *op. cit.*, p. 326.

neroso, el investigador incansable, el hispanista que se vuelve también americanista. De haberse quedado en España, Millares hubiera realizado una obra volcada hacia temas españoles y hubiera visto impreso su estudio sobre el *corpus* de códices visigóticos, la pasión de su vida. Pero su destino estaba en América y, hoy día, el legado de Millares constituye un patrimonio común a varios países del ámbito cultural iberoamericano. Hombres como él han ayudado a forjar la historia de nuestra centuria y a enriquecer nuestra cultura compartida en ambas orillas del Atlántico.